

Los estereotipos de género en los/las jóvenes y adolescentes

(Gender stereotypes in teenagers and young people)

AMURRIO VÉLEZ, Mila; LARRINAGA RENTERÍA, Ane;
USATEGUI BASOZABAL, Elisa; DEL VALLE LOROÑO, Ana I.
Univ. del País Vasco (UPV/EHU). Fac. de CC. Sociales y de la
Comunicación. Dpto. de Sociología. Sarriena s/n. 48940 Leioa

La presente comunicación aborda, a través del análisis de los estereotipos de género presentes en las concepciones, vivencias y experiencias de los y las jóvenes y adolescentes sobre las relaciones afectivas y sexuales, la persistencia de modelos tradicionales de masculinidad y feminidad. Hecho que de alguna manera favorece y legitima actitudes de abuso y violencia contra las mujeres.

Palabras Clave: Género. Estereotipo. Masculinidad. Feminidad. Desigualdad. Violencia. Coeducación.

Komunikazio honetan ikusiko dugun bezala, oraindik ere indarrean diraute maskulinitatearen eta feminitatearen eredu tradizionalak. Nerabeek harreman afektiboen eta sexu harremanen inguruan dituzten ideiak, bizipenak eta esperientziak aztertuko ditugu. Genero estereotipo horrek tratu txarrak eta emakumeen aurkako indarkeria bultzatzen eta legitimatzen dituzte.

Giltza-Hitzak: Generoa. Estereotipoa. Maskulinitatea. Feminitatea. berdintasun eza. Indarkeria. Hezkidetzeta.

On aborde dans cette communication, à travers l'analyse des conceptions stéréotypées du genre présentes dans les expériences vécues par les jeunes et les adolescents sur les rapports affectifs et sexuels, la persistance de modèles traditionnels de masculinité et de féminité. Il s'agit d'un fait qui, d'une certaine façon, favorise des attitudes misogynes et de violence sexiste contre les femmes.

Mots Clés: Genre. Stéréotypé. Masculinité. Féminité. Inégalité. Violence. Coéducation.

1. LA IMPORTANCIA DE LOS ESTEREOTIPOS DE GÉNERO

Los estereotipos de género son las características, los rasgos y las cualidades que se otorgan a las personas según su sexo. Estas características se asignan a cada sexo en base a los roles e identidades que socialmente se han venido asignando a los hombres y a las mujeres. Así para Bonder (1993), los estereotipos de género constituyen las ideas que ha construido una sociedad sobre los comportamientos y los sentimientos que deben tener las personas en relación a su sexo y que son transmitidas de generación en generación. Con el tiempo los estereotipos se naturalizan, es decir, se olvidan que son construcciones sociales y se asumen como verdades absolutas e intemporales respecto a cómo son los hombres y cómo son las mujeres, con lo que se dificulta su cuestionamiento y la deconstrucción del contenido de los roles que están en su base. Así pues, a través de estos estereotipos de género naturalizamos la masculinidad y la feminidad, biologizando los roles e identidades que socialmente se les han asignado a los hombres y a las mujeres.

Los estereotipos se encuentran fuertemente enraizados en la sociedad, marcando y controlando las pautas de comportamiento que se esperan de hombres y mujeres, definiendo los modelos de feminidad y masculinidad, sancionando aquellas conductas que se escapan de los patrones de género admitidos. Estos arquetipos sustentan las relaciones entre los géneros. Éstas tienden a caracterizarse por ser excluyentes al establecer espacios, funciones, responsabilidades opuestas y particulares para hombres y mujeres, pero fundamentalmente por ser discriminatorias, porque lo masculino es considerado siempre superior a lo femenino. Así pues, los estereotipos distorsionan la realidad y se han utilizado para justificar y legitimar las situaciones de desigualdad y de dependencia que las mujeres han vivido con respecto a los varones en todas las sociedades.

En su configuración, los elementos racionales apenas están presentes, ya que ni siquiera se adquieren a través de la experiencia ni de la razón (Huici y Moya, 1997; Amorós, 1995), sino que se graban inconscientemente a través del proceso de socialización. Este carácter inconsciente favorece que los estereotipos se naturalicen, es decir se asuman y se vivan como verdades absolutas y se olvide y no se reconozca su carácter de construcciones sociales. De ahí que la influencia de los estereotipos en el comportamiento social humano sea considerable. Por otra parte, al predisponer el comportamiento hacia los otros, tienden a provocar en esos otros una respuesta esperada, contribuyendo de esa manera a reforzar el estereotipo. El poderoso componente inconsciente de los estereotipos, así como la importante función de normalización de los comportamientos que generan, ayudan a explicar por qué son tan difíciles de cambiar, aun cuando las condiciones sociales que parecen originarlos y mantenerlos sufran cambios importantes.

En todas las sociedades nos encontramos a lo largo de la historia estereotipos para cada uno de los sexos. En la actualidad, un análisis de dichos estereotipos muestra que, pese al avance dado por las mujeres en todas las esferas de la vida pública, en nuestra sociedad están presentes modelos tradicionales de masculinidad y de feminidad, que favorecen y legitiman relaciones y situaciones de desigualdad entre hombres y mujeres y, en ocasiones, propician conductas de abuso y violencia. Así por ejemplo, en numerosas investigaciones se constata que, aunque muchas mujeres tengan acceso a ámbitos que les estaban vetados y vayan conquistando cada vez

más espacios en la esfera de lo público, sin embargo no se observa un movimiento recíproco de los hombres por compartir las responsabilidades domésticas y privadas (Aguinaga Roustan, 1999; Larrañaga, Arregui y Arpal, 2004; Consejo Económico y Social, 2004, Artazcoz, Escribá-Argüir y Cortés, 2004). Al mismo tiempo, diversos trabajos han puesto de manifiesto que los estereotipos en torno a lo que es ser un hombre de verdad y una buena chica están en la base de experiencias negativas de violencia y abuso en las relaciones afectivas de adolescentes y jóvenes (Gerber, 1991, 1995; Martín Serrano y Martín Serrano, 1999; Toldos Romero, 2004).

Además, tampoco los estudios sobre adolescentes nos llevan a inferir que éstos se hayan desmarcado de los arquetipos segregacionistas (Villaseñor Farías y Montañés, 2000; Tomé, 2001). Así, a lo largo de la investigación realizada, *Violencia de género en las relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes de Bilbao*, trabajo subvencionado por el Ayuntamiento de Bilbao, se ha probado que los diversos estereotipos de género a los cuales los/as jóvenes y adolescentes tratan de adaptar sus vivencias afectivas y sexuales están atravesados por fuertes marcas de género, es decir, responden a patrones sociales de masculinidad y feminidad que implican relaciones de desigualdad social y sexual en las que los varones siguen poseyendo la posición hegemónica.

En el discurso de los/las jóvenes y adolescentes participantes en la investigación aparece como arquetipo viril un modelo de hombre coincidente en sus rasgos principales con el que aparece en diversas investigaciones: un varón arriesgado, valiente, franco, contundente y firme, amigo de sus amigos, que reprime la empatía y las reacciones demasiado afectivas por las otras personas y que no muestra la frustración y la debilidad si no es a través de la agresividad y la violencia. Es decir, ese paradigma de varón que ha conformado tradicionalmente la mística de la masculinidad. Es un arquetipo que se define con respecto a los otros por la distancia, la intolerancia y la diferencia y no tanto por la solidaridad, la comprensión y el respeto. Un varón que se aferra al poder que le otorga la sociedad patriarcal y se muestra intolerante con otras formas de masculinidad que no se adaptan a las pautas imperantes. No es de extrañar que este arquetipo aparezca en la investigación que presentamos en el discurso de los y las jóvenes y adolescentes, pues, como la socióloga Amparo Tome ha señalado acertadamente, tiene fuertes semejanzas con la mayoría de los héroes que vemos en las películas o en la televisión y es el modelo casi exclusivo que domina en los deportes y juegos de competición física, donde la cooperación sólo sirve para vencer a otros y adquirir *status* de los mejores. Es un modelo de varón en el que la agresividad y la violencia forman parte inherente de su mismidad. Como dice Tomé:

Se ven demasiadas coincidencias entre el mundo del deporte y la guerra. Este modelo de deporte implica y difunde un modelo estético corporal atlético, duro y competitivo, que guarda una correspondencia con el modelo sexual de los varones, productivo, potente, dominador, conquistador de corazones, que no tiene fisuras ni dudas, pero que supone una insoportable angustia o miedo a no ser potente o a no seducir y conquistar (Tomé, 2001: 46).

Como contrapartida el arquetipo de feminidad que aparece en el discurso de los y las jóvenes corresponde al modelo tradicional de mujer de su casa y cuidadora de los suyos, es decir, una mujer sumisa, sensible, que espera la llegada del varón,

con una sexualidad a ocultar, con capacidad de perdón y de sufrimiento, generosa, que entiende el amor como entrega y exclusividad y que únicamente muestra sentimientos negativos en sus relaciones con las otras mujeres. Es decir, un arquetipo que, al mismo tiempo que aísla a las mujeres entre sí y dificulta su colaboración y ayuda mutua, pone fácil el camino de la mujer hacia el sometimiento y el abuso por parte del varón. Parece, pues, que, en ocasiones, para las mujeres, el amor y la sexualidad suponen también en estas edades una supeditación del deseo femenino al masculino. En este sentido los resultados del presente estudio coinciden también en este aspecto con numerosas investigaciones en las que se han mostrado que los/as adolescentes y jóvenes incorporan en sus relaciones afectivas modelos de conducta de sometimiento y dominio que implican relaciones y actitudes muchas veces violentas, hasta el punto de que los valores y estereotipos que subyacen a los rituales amorosos y de encuentro sexual llevan implícita la legitimación de pautas de cortejo netamente agresivas para las mujeres.

Así pues, a lo largo de la investigación, aparece la importancia de los estereotipos de género en la conformación de la sexualidad juvenil y adolescente, ya que se hace evidente que los y las adolescentes y jóvenes comienzan a adquirir su identidad como hombres y mujeres a través de patrones de comportamiento esperados, los cuales determinan las expectativas existentes para hombres y mujeres. Estudiar los estereotipos de género presentes en los jóvenes permite, pues, descubrir las rupturas y las continuidades, con respecto a los patrones tradicionales de masculinidad y feminidad, de los modelos de género en los que la juventud de hoy día se está socializando.

Ahora bien, estudiar los estereotipos implica también desvelar su carácter de construcción sociocultural y desnaturalizar las construcciones que de la feminidad y de la masculinidad se han ido construyendo a lo largo de la historia. Es decir, mostrar los estereotipos que subyacen en las relaciones afectivas de los y las jóvenes y adolescentes permite erosionar el poder normativo de las creencias tradicionales e inducir cambios culturales de cara al empoderamiento de la mujer en las facetas más íntimas y personales de las relaciones entre varones y mujeres. De hecho, tal y como se ha visto en diversos estudios sobre sexualidad y género, a menudo, los significados y las prácticas sexuales de las mujeres constituyen formas de adaptación o de resistencia a las normas culturales dominantes en sus medios sociales respectivos.

2. DISEÑO METODOLÓGICO

Dado que la investigación se planteaba como objetivo realizar un diagnóstico de la presencia de la violencia de género en las relaciones afectivo-sexuales que establecen los y las jóvenes, explorar en la interpretación que éstos y éstas hacen de la violencia de género y ahondar en el sentido que otorgan a sus experiencias y vivencias en el mundo de los sentimientos y las relaciones de pareja, se pensó en una metodología que combinara la estrategia cuantitativa con la cualitativa.

2.1. Estrategia cuantitativa

Se utilizó la estrategia cuantitativa para la descripción y el análisis de los procesos de socialización de género de los/las jóvenes universitarios/as, de sus opiniones y

vivencias sobre las relaciones afectivo-sexuales, de sus ideas sobre la relación de pareja y la violencia de género.

Técnica: Se utilizó una encuesta estructurada cerrada que permitió la explotación y análisis estadístico de los datos. La encuesta se articuló en torno a las siguientes dimensiones o ámbitos:

Ámbitos de socialización de género, que contemplaba valores y actitudes relativos a las relaciones entre los hombres y las mujeres que los y las jóvenes interiorizan en el entorno familiar, la experiencia escolar y los medios de comunicación.

Ámbito de las relaciones afectivas y/o de pareja, que contemplaba valores y actitudes del individuo relativos a sus objetivos e intereses afectivo-sexuales, sus experiencias y puntos de vista en el terreno de lo afectivo-sexual, su concepción de la pareja ideal, sus estereotipos de género en las relaciones de pareja.

Ámbito de la violencia de género que examinaba fundamentalmente el grado de conocimiento y de vivencia de la violencia de género, los estereotipos en torno a la violencia de género, posibles razones explicativas de la violencia de género y medidas a tomar en la erradicación de la violencia de género.

- **Unidades de análisis:** Alumnos y alumnas matriculadas en el primer curso de las facultades y escuelas universitarias de la UPV/EHU de Bilbao en el curso 2007-08. A partir de ellas se optó por un muestreo representativo del colectivo objeto de estudio. Se tuvo en cuenta los dos idiomas (euskara y castellano) en los que se realizan los estudios.
- **Muestra final.** Se cumplimentaron 832 encuestas Para una población de N=2303 individuos, con una variación por sexo de P=60/Q=40 y con un nivel de confianza del 95,5%, la muestra presenta un error máximo de $\pm 3\%$ para resultados generales.

2.2. Estrategia cualitativa

En esta parte de la investigación no se buscaba obtener una descripción y análisis estadísticamente representativo de las opiniones de los y las jóvenes y adolescentes sobre la violencia de género y el mundo de los afectos o sus concepciones de la pareja. Lo que se pretendía era indagar en el significado que atribuyen a todo ello. Por ello, la forma de conocer que mejor se adapta a un planteamiento de este tipo, orientado a descubrir y comprender más que a constatar, es la de la mirada cualitativa.

- **Técnica:** En el momento de decidir sobre las técnicas de indagación que mejor combinaran lo cuantitativo y lo cualitativo (Bericat, 1998; Callejo, 2001), se diseñó un estudio empírico basado en la técnica cualitativa del grupo de discusión, ya que se ponderó que esta técnica permitía extraer de los jóvenes y adolescentes un discurso espontáneo y alejado de lo “políticamente correcto”, ya que las personas, al hablar libremente y en un clima de confianza, expresan libre y sinceramente sus opiniones más profundas, sentimientos, estereotipos, posiciones afectivas, contradicciones, etc., lo que sin duda alguna supone una riqueza a la hora del análisis interpretativo (Ibáñez, 1986, 1992^a, 1992b)

Canales y Peinado, 1994, Denzin y Lincoln, 1994). La dinámica de los grupos de discusión se estructuró en torno los siguientes focos temáticos:

- Las estrategias de los jóvenes y adolescentes a la hora de entablar las relaciones afectivas y los estereotipos de género subyacentes
- Su visión de las relaciones amorosas y de la pareja: sus actitudes, comportamientos y expectativas
- Las representaciones y estereotipos de adolescentes y jóvenes sobre la violencia de género: concepto- perfiles del/ de la agresor/a y de la víctima- causas- posibles soluciones y medidas a tomar
- **Unidad de análisis:** Los grupos de discusión estaban formados por alumnos y alumnas de entre 15-17 años de Institutos públicos de Enseñanza Secundaria, Bachiller y Ciclos formativos de Bilbao y la población universitaria de primer curso de las facultades y escuelas universitarias de la UPV-EHU en Bilbao. La elección de los participantes no fue aleatoria. El diseño de los grupos responden al *habitus* producido por las siguientes regularidades objetivas: sexo, edad y el factor inmigrante/autóctono
- **Muestra estratégica de universitarios y universitarias**, de entre 18 y 20 años, matriculados/as en primer curso en las facultades y escuelas universitarias de Bilbao. En total se realizaron 5 grupos de discusión de 18-20 años. Dos grupos estaban integrados por chicas, dos por chicos y uno ha sido mixto
- **Muestra estratégica de alumnos y alumnas**, de entre 15-17 años, matriculados en 4º curso de la ESO, 1º de Bachiller y Ciclos Formativos Superiores en Institutos de secundaria del municipio de Bilbao. En total se realizaron entrevistas a seis grupos de discusión. Dos grupos estaban integrados por chicas, dos por chicos y otros dos han sido mixtos.

3. ESTEREOTIPOS DE GÉNERO EN LOS CHICOS

3.1. Con respecto a sí mismos

¿Cómo se ven a sí mismos los jóvenes y adolescentes en el mundo de lo afectivo y lo sexual? En los grupos de discusión, sin apenas diferencias entre los universitarios y los no universitarios, predomina el retrato de un varón dominado más por su biología, por sus partes “más instintivas”, es decir, sus impulsos, hormonas, sexualidad, agresividad, etc...., que por su razón o sentimientos. Los chicos confiesan dar prioridad, en la aproximación inicial, a la relación sexual. En los inicios del cortejo, no les preocupa ni se plantean que la relación que emprenden tenga posibilidades o no de continuidad. Así la personalidad y la forma de ser de la otra persona carece de relevancia. En aquello que se fijan es el aspecto físico, entendiendo por ello, tal y como se verbaliza en un grupo de discusión, “*todo el cuerpo de la mujer, menos la cara*”, es decir, cosifican claramente a la mujer que tienen delante. Solamente más adelante, cuando comienzan a sentir un interés que rebasa la pura atracción física, los chicos se fijan o demandan otra serie de cualidades en las chicas, por ejemplo que sean divertidas, inteligentes, sociables..., aunque, de manera significativa, ape-

nas hacen referencia al mundo de los sentimientos, es decir, la ternura, el cariño, la comprensión, la capacidad de escucha...

A los chicos les compete el rol activo en el ritual del cortejo. Tienen que mostrar iniciativa e incluso agresividad en la aproximación afectivo-sexual (algunos aparecen como “pesados”, “pulpos”, “sobones”...), llegando a veces a jactarse de ello ante sus amigos. La ingestión de alcohol y de otras sustancias ayuda a mantener esa disposición.

Chico- Sí, el chico es más impulsivo, igual (...)

Chico- Sí, generalmente es más impulsivo, es más normal que un tío vaya a partirle la cara a otro tío porque ha estado hablando con su novia que....

(G. Masc. 2. IES)

Chico 4- Yo veo que los chicos somos más carne débil, o sea que si nos ofrecen no lo pensamos tanto, habrá alguna que no, pero en general es así (...). No sé cómo decirte, estamos, tenemos las hormonas más alborotadas. Las chicas son, no sé, tienen más cabeza, nosotros...

(G. Masc. 1. IES)

Por otra parte, los varones no perdonan las infidelidades y responden con más agresividad a los celos o a las posibles traiciones. Además, en las relaciones afectivas necesitan tener “su espacio”, es decir, un tiempo para dedicar a sus amigos y aficiones.

Indudablemente, desde estos presupuestos, “los chicos no lloran” (Askew y Ross, 1991), es decir, los chicos diferentes, los sensibles, capaces de manifestar debilidad, tristeza, miedo, frustración a través de sentimientos y expresiones no agresivas, no responden a este modelo masculino y son rechazados.

Chico 1- No, yo creo, ves a una tía llorando en la calle y, vale, vas por ella, pero ves a un tío llorando y pasas de él

Chico 2- Chico depende del por qué. Si te has dado un coscorrón con él y te pones a llorar. Pues oye te pones, sí, ja, ja ¡pero con esta edad! Pero si el tío está llorando por la novia o así, es que no me quedo mirando, te lo juro, digo ¡hostia, está llorando! (...)

Chico 1- No se entiende

(G. Mixt.. 1. IES)

Sin embargo, este arquetipo viril aparece más mitigado en las respuestas que los universitarios dan a los ítems que se diseñaron para detectar sus estereotipos de género en las relaciones de pareja. De hecho, el mismo porcentaje de hombres y mujeres responde afirmativamente a la pregunta sobre si los hombres son más competitivos y agresivos que las mujeres y un 45% de los encuestados piensa que el hombre necesita más sexo que la mujer.

3.2. Con respecto a las chicas

Tanto en los resultados de la encuesta como en los grupos de discusión el estereotipo de mujer que manejan los adolescentes y los jóvenes responde al modelo de la complementariedad sexista: a una esencia masculina agresiva se opone una esencia femenina sensible y complaciente.

En el discurso de los participantes en los grupos de discusión las mujeres aparecen como dependientes, emocionales, cálidas, delicadas, pacientes, complacientes... En los encuentros afectivos tienen un rol pasivo, es decir, esperan pacientemente la llegada del varón y, en el cortejo, el contenido de su rol les impide demostrar claramente sus deseos y su sexualidad, es decir, nunca son directas, como los varones, sino que juegan al juego de la seducción, y, por tanto, son siempre objetos y nunca sujetos de sexualidad.

Es significativa la ignorancia que muestran los chicos del mundo de las chicas, ya que apenas son capaces de enumerar los rasgos y las cualidades que éstas puedan valorar en los varones a la hora de establecer relaciones afectivas/ sexuales. Creen que les gusta que les traten bien. Están totalmente convencidos de que las chicas, a diferencia de ellos, conceden menos importancia al aspecto físico. Piensan que asocian el sexo con otros componentes afectivos y relacionales, y que miran a más largo plazo que ellos cuando inician una relación afectivo/sexual. Es decir, todo un conjunto de rasgos que les obliga a disimular sus deseos y fantasías sexuales cuando se acercan a ellas. Por tanto, de alguna manera los chicos son conscientes de que en la mayoría de las ocasiones comienzan los rituales afectivo/sexuales desde el engaño y el disimulo.

Chico 4- Las chicas son las que esperan.

Chico 5- Las chicas son más elegantes que nosotros. Nosotros unos degenerados.

(G. Masc. Univ. 2).

El discurso de los adolescentes y los jóvenes en los grupos de discusión coincide con los datos obtenidos en el análisis cuantitativo, ya que los universitarios mayoritariamente responden afirmativamente a las preguntas “si las mujeres son sensibles y cariñosas” y “si a las mujeres les gusta sentirse protegidas” (75,4% y 82% respectivamente).

4. ESTEREOTIPOS DE GÉNERO EN LAS CHICAS

4.1. Con respecto a sí mismas

Al igual que sus compañeros, las universitarias contestan mayoritariamente de forma afirmativa a las preguntas del cuestionario sobre “si las mujeres son sensibles y cariñosas” y “si a las mujeres les gusta sentirse protegidas”. Y, asimismo, en los grupos de discusión, las adolescentes y las jóvenes dan la imagen de la mujer como un ser sentimental, cariñoso, dulce que demanda y requiere la protección del varón.

Pero lo más significativo es que, a pesar de sus pocos años, el concepto que tienen de sí mismas las chicas que han participado en la investigación sea un espejo reflectante de los rasgos básicos que en la sociedad se ha atribuido tradicionalmente a la “mujer honrada y formal”. En los grupos de discusión, asumen su papel pasivo en el cortejo, se ven más sentimentales y más discretas en su actuar con los chicos, saben controlar más sus deseos y no están tan obsesionadas con el sexo como ellos. Además, en el momento del encuentro y en el cortejo tienen una mentalidad más de futuro que de apurar el puro instante placentero.

Chica- Esperas a que vengan. (...)

Chica- También está muy inculcado eso de que la chica que va es como..., tampoco el chico le hace mucho caso, ¿eh? Porque igual piensa como que es muy lanzada, y...

(G. Mixto Univ.).

Chica 7- Yo creo que nosotras somos como más discretas. (...)

Chica 5- Los tíos van a ligar a las tías, y las chicas igual hacemos, “le miro, no le miro, me acerco, voy al baño...”. El chico es más [directo]. Dice “oye, ¿bailas conmigo?”, pero, es más directo (risas)...

(G. Fem. Univ. 2).

Chica- No, porque los chicos piensan, si están con ella, bueno, están con ella hoy, y pasa hoy o mañana y lo que tengan que estar y ya cuando terminen con ella, pues otra y así. En cambio las chicas, no, no sé, están con ellos y no piensan que mañana ya se va a acabar y van a estar con otro ¿no?

(G. Fem. 1. IES)

Desde estas coordenadas, es normal que, a diferencia de sus compañeros, las chicas no relacionen siempre la atracción a la belleza física, y que les resulte muy difícil delimitar lo físico del conjunto de rasgos que conforman la personalidad. Así, al contrario de lo que hacen los varones con ellas, las chicas no cosifican a sus compañeros como meros objetos sexuales. Por eso, aunque al igual que ellos, también participen de una cultura de fiesta, alcohol y sexo, buscan y desean una relación estable y ligada a componentes afectivos de amor y de respeto.

Por otra parte, las chicas no cuestionan mayoritariamente su rol pasivo, es decir, no lo ven como un reflejo, en el plano de la afectividad y de la sexualidad, de las relaciones de desigualdad entre los hombres y las mujeres imperantes en la sociedad, sino como consecuencia lógica de su mayor sensibilidad y debilidad: un potencial rechazo haría más mella en ellas que en cualquier chico.

Chica- A los tíos les importa siempre menos que digas que no. (...) Que dices que no, pues a la siguiente. Y a una tía le importa más. “Que me ha dicho que no, joé”. Entonces estás toda la noche hundida.

(G. Fem. Univ.1).

En coherencia con esta autoimagen, las chicas piensan que ellas se comprometen más en las relaciones afectivas y, por tanto, son más fieles que sus compañeros ¿Por qué? Y esgrimen una razón que ha sido la nota distintiva de las mujeres desde generaciones: porque las mujeres aguantan más los altibajos y los engaños en la pareja y son capaces de ceder más.

¿Qué diferencias hay [entre chicas y chicos]?

Chica- No sé. Igual, las chicas en muchos casos están más involucradas en la relación.

Chica- Y luego para ellos los amigos es lo primero

(...)

Y ¿Quiénes son más fieles en la pareja?

Todas las chicas a la vez- Las chicas

(G. Mixt. IES)

Como colofón, en el discurso de las chicas aparece otro rasgo que termina de dibujar esta imagen tradicional de la mujer: esta mujer a la que le está vedado expre-

sar y, casi, sentir, tiene un componente cuasi-masquista, ya que le gustan aquellos chicos que se le resisten y le hacen sufrir un punto: “los chicos malos”.

¿Qué os gusta a las tías y que no os gusta?

Chica 8- Yo creo que es también somos un poco tontas, yo creo, en plan de que te venga ahí, y que te diga directamente no sé qué, a mí por lo menos, no, no, que te lo de todo fácil, es como que vaya ¿sabes? Que te haga un poco sufrir, luego dices ¡joe que bobo!, pero creo que nos gusta más.

O sea que el tío se resista

General- Sí, sí

(G. Fem. Univ. 2)

Mientras que en el discurso de los jóvenes y adolescentes la resistencia de la chica es vista como una prueba de su interiorización de las normas morales tradicionales que marcan la diferencia entre “la chica formal” y la que se considera “una lanzada” o “una putilla”, para la chica la resistencia del varón es vista como señal de su hombría y poderío machista. De ahí que no extrañe, entonces, que en un grupo de discusión con chicas adolescentes se afirme que los chicos más “ligones” sean “los malos”, es decir, las adolescentes identifican la masculinidad con la agresividad y el afán de dominio, la prepotencia y la seguridad en sí mismo, la impulsividad y el amor al riesgo, la insensibilidad y la falsedad, la rebeldía y la carencia de normas, etc... Es decir, en aquellos chicos que solamente les ofrecen posibilidad de dolor y sufrimiento, las chicas buscan protección y amor. Y, por otra parte, tampoco sorprende que, como contrapunto, en un grupo de discusión de chicos adolescentes se exprese el hecho de que en el cortejo el chico tenga siempre que estar aparentando y demostrando su masculinidad.

4.2. Con respecto a los chicos

¿El retrato que las chicas hacen de los chicos coincide con la imagen que éstos tienen de sí mismos? En un primer momento totalmente. Las chicas, de manera casi unánime, piensan que los chicos buscan exclusivamente el sexo en los inicios del cortejo, se mueven por la biología y los impulsos, no se andan con rodeos y van directos a los que “les interesa”; como se dice en argot juvenil, “a pillar”. Así, las chicas tienen claro que los chicos a la hora de ligar se fijan en primer lugar en el cuerpo, conceden más importancia que ellas a la atracción física y viven los rituales del cortejo con una fuerte carga erótica y sexual. La personalidad, el carácter, la manera de ser, la inteligencia, etc..., juegan un papel muy secundario. En este sentido los califican de “mujerigos” y “salidos”.

¿Sí? ¿Andan salidos los chicos?

Chica 4- Si es que van a lo que van, se les nota muchísimo, porque lo demuestran demasiado

¿Quién sale más con esa idea? [Ir a pillar]

En general- Los chicos

Chica 4- Ya pero de por sí son más ciegos, muchísimo más

(G. Fem. Univ. 2)

En ocasiones, describen al varón con una sexualidad tan fuerte que le anula su capacidad de raciocinio, de control y de elección: entonces se convierte en un indivi-

duo dominado por los instintos más primarios, incapaz de ver en la mujer otra cosa que el objeto sexual.

Chica- O que te guste también. Pero llega un momento, yo creo que cuando están muy, muy borrachos les da mucho igual

Chica- Sí

Chica- Sea guapa o sea fea, le da igual

¿A los tíos?

Chico- Sí, yo tengo amigos que no les importa, o sea, es que salen sólo estrictamente los fines de semana para ligar y cuando están borrachos, borrachos, les da igual. Que sí, que sí, que salen para eso, no para pasárselo bien

Chica- Encima es que al día siguiente se ríen “¡ay, mira con quien me he liado, no sé qué!” y dices “entonces para qué te has liado con ella”

(G. Mixto Univ.)

Por otro lado y siguiendo en la misma línea, las chicas adolescentes de los institutos participantes piensan que los varones se caracterizan por su insensibilidad a la hora de comenzar los escarceos amorosos: van directos a lo sexual y, muy a menudo, resultan burdos en su relación con las chicas. Lo significativo es que no critican o se rebelan contra la cosificación que sus compañeros hacen de ellas, sino que más bien lo comentan como una anécdota divertida, sin ninguna trascendencia. Por tanto, al naturalizar e interiorizar los estereotipos de género subyacentes, las adolescentes y las jóvenes tienen que jugar el juego de la seducción dentro de unos parámetros definidos por los varones, es decir, sin tener muy claro la letra del guión y desde una depreciación de lo femenino

A la hora de ligar

Chica- Los tíos son muy bastos

Chica 1- Sin conocerte te llaman cochete (risas)

(G. Fem. 2. IES)

Chica- Van más a lo bestia

¿Más a lo bestia?

Chica- ¡¡¡Se te tiran y venga...¡¡¡

(Risas)

(G. Fem 1. IES)

Por otra parte, también hay unanimidad entre las chicas a la hora de valorar el lugar de los sentimientos en los chicos. Su discurso revela que en la definición social de la masculinidad hay muy poco espacio para todo lo que guarde relación con los sentimientos. Los chicos tienen enormes dificultades para verbalizar sus sentimientos y emociones. Mientras que las mujeres verbalizan en el grupo de amigas sus preocupaciones, expectativas, fracasos y éxitos amorosos, los chicos se cierran en sí mismos y a duras penas se abren a sus amigos más íntimos.

Chica 5- Hay que diferenciar el tipo de chico, entre el salidorro de turno y tendrá a sus colegas que estará hablando “me he tirado a ésta o me he tirado a la otra”, pero los demás sí son mucho más cerrados, o se lo cuentan a un colega, con el que más confianza tienen. Las chicas no, somos mucho más..., da igual, contamos todo, no callamos ¿eh?

(G. Fem. Univ. 2)

5. ESTEREOTIPOS Y DESVIACIÓN

Las diferencias entre chicos y chicas afloran en las valoraciones que unos y otras hacen de sus propios comportamientos y en las expectativas de roles –masculinos y femeninos- que desarrollan. Pero lo realmente significativo, en este punto, son la dura sanción que sufren aquellas chicas que se desvían de las pautas marcadas por el rol. Esta dureza revela la situación de desigualdad en la que se encuentran las mujeres y la vigencia de patrones de género sumamente tradicionales.

Así, los varones que abierta y públicamente tienen una alta actividad sexual se les otorga una valoración positiva, de tal manera que cuanto más actividad sexual mantienen los chicos y cuantas más “conquistas” y “trofeos” pueden exhibir, más prestigio social acumulan.

De forma inversa, en el caso de las chicas, hacer gala de una actividad sexual promiscua, mostrar una actitud activa y directa en el cortejo, expresar claramente el deseo y la atracción sexual, sexualizar sin rodeos la etapa de galanteo es algo socialmente estigmatizado, puesto que ellas han sido educadas para asociar necesariamente el sexo con el amor romántico.

Chico 1- Nosotros, sí porque cuanto más follemos mejor, pero ellas no porque si le dan todos es una puta, díganos

(G. Masc. 1. IES)

Y las chicas ¿no son directas? ¿No sois directas vosotras?

Chica 2- Si es una guarra, pues sí (risas)

Una chica que es directa ¿por qué es una guarra?

Chica 4- No es eso, pero si es una...

Chica 1- Depende de las maneras de actuar que tenga

Chica 3- Suelta, fresca

Chica 4- Tú puedes ser directa, pero cortándote. Esas no se cortan

(G. Fem 2. IES)

Los estereotipos de género cobran en este contexto toda su fuerza: los chicos que ligan mucho son percibidos como “triunfadores” y acumulan valor en el mercado de las relaciones; aquellas chicas que intentan hacer lo mismo se convierten, sin embargo, en prostitutas y pierden valor en el mercado sexual. El hecho de “conquistarlas”, no tiene ya ningún mérito para los varones.

A la hora de ligar ¿qué diríais que está mal visto? ¿Qué cosas se ven mal en las chicas?

Chico 5- Una tía que se lo haga con todos.

Chico 2- La típica golfa.

Chico 6- La golfa que se va con todos. (...)

Chico 2- Dices, ¡buaah!, te has liado a la golfa, no tienes mérito, ya no.

(G. Masc. Univ. 2).

Ahora bien, las jóvenes y adolescentes que han participado en los grupos de discusión no critican la desigualdad de poder que entraña dicho estigma, sino que

reconocen que son las propias mujeres quienes ejercen una censura más férrea y marcan más duramente.

Chica- Si una chica se enrolla con mucha gente pues igual es una fresca. Pero, si un chico se enrolla con muchas chicas, ¡buah!. Es que es el ídolo del grupo. Eso siempre ha sido así.

(...) ¿Las chicas también criticáis a las chicas que se lían con muchos chicos?

Todas- Si.

Chica- O sea, defendemos que no se debe hacer, pero lo hacemos.

(G. Fem. Univ. 1).

La aceptación del estigma es consecuencia directa del enraizamiento de los estereotipos de género en los jóvenes y adolescentes. Al naturalizar las diferencias de género, consideran la desviación de las normas de género y el estigma subsiguiente como una cualidad de la persona. En modo alguno analizan los elementos de poder y de control que subyacen a las etiquetas impuestas, es decir, no ven las normas y las etiquetas como el resultado de reacciones y definiciones de grupo y, por tanto, no analizan el estigma como la creación de la sociedad en el sentido de que “*el/la desviado/a es alguien al/a la que se ha aplicado con éxito la etiqueta, y el comportamiento desviado es el de las personas así etiquetadas*” (Rist, 1999: 617). Lo que finalmente se determina como desvío y la persona clasificada como desviada son resultado de diversas contingencias sociales que se ven influidas por quienes tienen el poder de reforzar dichas clasificaciones. En el tema que nos ocupa la sociedad patriarcal y, más en concreto, los varones.

Por otra parte, estigmatizar a las mujeres de “zorras”, “fáciles”, “busconas” y demás apelativos de este tipo, propicia conductas de abuso y violencia, ya que

[...] visualizar a la víctima como propiciadora busca eximir de culpa al sujeto que ejerce la violencia (...) La inculpación de las víctimas y la impunidad de los victimarios son dos importantes mecanismos que sostienen la violencia sexual y a la vez constituyen una forma más de violencia, la violencia es sostenida mediante la violencia (Villaseñor Farías y Castañeda Torres, 2003: 52).

Además en un grupo de discusión de adolescentes se encontró otro elemento de empoderamiento masculino y legitimación de la violencia y el abuso sexual: la respuesta negativa masculina ante las mujeres que, según ellos, empieza y no acaba, es decir, la negación masculina a reconocer el derecho de las mujeres a poner los límites en las relaciones sexuales. Para denominar a estas mujeres emplean toda una serie de apelativos peyorativos y denigrantes, que nos hablan de una desautorización y un no reconocimiento de la libertad de la mujer a gestionar su sexualidad.

La casi perfecta interiorización de las normas de género por parte de las jóvenes y adolescentes que han intervenido en los grupos de discusión explica que sean precisamente ellas mismas quienes formulen los juicios más duros sobre las mujeres que se desvían de lo que la sociedad asigna en el campo de la sexualidad al rol femenino. A lo largo de los grupos de discusión surge muy a menudo la dicotomía entre “mujer con obligación de hacerse respetar” frente a “varón que, ya se sabe, se ha de aprovechar”.

En un mundo en el que los roles de género son tan rígidos, ¿qué hacen aquellas jóvenes y adolescentes que pretenden romper las normas de género que marcan el ritual del cortejo sin que caiga sobre ellas el deshonor del estigma? Las estrategias que desarrollan las chicas están también relacionadas con los roles que les han sido asignados. Obligadas a mantener una actitud sumisa y pasiva que proscribía la toma de iniciativa (esto último las incluiría en la categoría de “las malas mujeres”), la mayoría parece optar por mostrarse a la expectativa pero selectivas. Si no desean pertenecer a la categoría de las “evas” o de las prostitutas, deben darse a valer ante el varón, es decir, deben “hacerse las duras”.

Sin embargo, aquellas que en un momento determinado, por las razones que sean, quieren romper las normas de género que controlan el cortejo o, en un lenguaje más popular, “el lígüe”, buscan en el alcohol la excusa a su extravío. Es decir, la desinhibición sexual que una joven tenga en un momento concreto necesariamente se ha de justificar y achacar a algo circunstancial, alcohol o cualquier disculpa semejante.

Chica- Y también porque al salir de fiesta igual que si bebes, no sé qué, si pasa algo malo es como que le puedes echar la culpa a la bebida. Es que bebí, cómo iba, y en realidad habías bebido un kalimotxo o una cerveza. Pero claro, cuando estás aquí, está..., eres tú, entonces...

Chica- Con la excusa de, bah, no me acuerdo muy bien.

Chica- Claro.

Chica- Joé, ¡Cómo hice esto!, cómo tal...

(G. Fem. Univ. 1)

En este caso del varón el estigma recae en aquellos varones jóvenes que responden al estereotipo clásico de “varón poco viril”, es decir, el varón con rasgos femeninos, sensible, tímido, inseguro, nada agresivo, sin una sexualidad marcada, cobarde... Las propias chicas, al mismo tiempo que asumen con resignación las extralimitaciones de los jóvenes que se sobrepasan en la exhibición de su masculinidad y hombría, rechazan dura y explícitamente al varón que no responde y se aparta del arquetipo viril.

6. LA IMPRONTA DE LOS ESTEREOTIPOS DE GÉNERO EN LAS RELACIONES AFECTIVAS

6.1. Estereotipos de género y maltrato

Teniendo a la vista los estereotipos de género presentes en el discurso de los chicos y chicas participantes en los grupos de discusión, no ha de extrañar que, al igual que en otras investigaciones (Meras Lliebre, 2005), no relacionen éstos y éstas la falta de amor con el maltrato. Esta creencia estaría en la base de los mitos y actitudes que enmascaran la violencia de género y perpetúan la existencia del vínculo violento. Admiten el abuso psicológico y no ven que formas de maltrato como son, por ejemplo, la humillación y los gritos, la indiferencia hacia la pareja y el control (llamadas constantes, prohibición de salidas, bombardeo de mensajes...) favorezcan situaciones que puedan desembocar fácilmente en violencia de género. Sobre todo, las chicas de los grupos de adolescentes han asimilado un “sentido trágico” del amor,

es decir, están convencidas de que necesariamente, cuando se ama, se hace daño a la pareja. Este es el “fatum” del amor, se quiera o no se quiera, se haga consciente o inconscientemente, está por encima de las intenciones y voluntades de las personas que conforman la pareja. Identifican amor y sufrimiento y han interiorizado que cuando se ama, se sufre. Este sentido trágico se ve reforzado por el hecho de que no hay amor sin celos: los celos demuestran interés, atracción, incentivo, afecto... El problema será poner límites a los celos, pero sin celos no hay verdadero amor.

Además, tanto en el discurso de los chicos como de las chicas las mujeres aparecen como víctimas. Es decir, de alguna manera las palabras de los y las jóvenes y adolescentes revelan que en su experiencia cotidiana son las mujeres quienes sufren más en su carne la experiencia de dolor en el amor, esto es, la humillación, el rechazo, la agresión... Su discurso desvela claramente las relaciones de desigualdad de género y la normalización de las relaciones de poder y dominio de los varones sobre las mujeres en el mundo de los afectos y del amor.

La primacía en las chicas del amor romántico explica el hecho de que, a pesar de considerarla insatisfactoria, algunas chicas intentan mantener su relación de pareja y, aunque sufran, esperan el milagro de ser una pareja feliz ¿Por qué? Se ven frágiles y dependientes afectivamente, no imaginan un futuro sin él y tienen miedo a quedarse sin lo poco que les aporta la pareja, porque han dado primacía y exclusividad a la pareja y se han aislado de sus amistades ¿como? Esperan que él cambie, piensan que él en algún momento valorará su altruismo y su entrega a la pareja. En los grupos de discusión aparecen la dependencia emocional de las chicas, su falta de autoestima y su miedo al futuro y a la soledad como los factores limitadores a la hora de afrontar una situación de maltrato y de desamor en la pareja. De ahí que, al preguntar en un grupo de discusión de chicas la moderadora quién soporta más situaciones de maltrato y de desamor en la pareja, la respuesta casi unánime haya sido: las mujeres, las chicas. Se puede decir que las chicas han naturalizado la capacidad de sufrimiento de las mujeres. En cambio, los chicos no se ven de ningún modo soportando pacientemente situaciones de maltrato en la pareja en espera de épocas mejores.

6.2. Estereotipos de género y violencia de género

Por otra parte, la imagen que los chicos y las chicas tienen de la violencia de género deriva de los estereotipos de género y de las concepciones del amor presentes en sus ideas y vivencias de las relaciones afectivas y sexuales. Si la mujer es el elemento sufridor de la pareja, no ha de extrañar tampoco que los chicos y las chicas identifiquen violencia de género con maltrato físico en parejas heterosexuales, en las que el papel de agresor corresponde al varón. La víctima del maltrato es caracterizada prácticamente en todos los grupos como una chica de poco carácter, dependiente, de poca “personalidad”, acomplejada, psicológicamente débil, sumisa, sin estudios, una persona que se quiere poco a sí misma y con baja autoestima. Las diferencias entre chicos y chicas son mínimas: las chicas introducen el apelativo de “buenaza” y los chicos el poseer “una mentalidad antigua” y “gente mayor”

Y solamente en los grupos de chicas se ha asociado violencia de género con los sentimientos que la acompañan: impotencia, sufrimiento y miedo. Es decir, verse como víctimas les permite empalmar y ponerse en la piel de la persona objeto de

violencia de género. Al menos intuyen que algo muy fuerte tiene que suceder a la víctima de la violencia para que sea incapaz de romper los lazos que le atan a su agresor/a y huir. Además son capaces de imaginar y describir el progresivo proceso de deterioro personal que sufre la víctima de violencia de género.

Llama poderosamente la atención, y es enormemente preocupante, una contradicción que surge constantemente en los grupos de discusión y en los datos del cuestionario. Por un lado, a través de las respuestas al cuestionario y en los discursos que surgen en los grupos de discusión, se descubre que a los jóvenes la violencia de género no resulta un fenómeno extraño, sino que, por el contrario, tienen conocimiento directo de casos de violencia de género en su entorno familiar o social más o menos cercano: amistades, familiares, vecinas y conocidas de los y las participantes, y, en algún caso, las propias participantes habían sido víctimas de la violencia de género, tanto en su vertiente de maltrato físico como psicológico. Sin embargo, por otro lado, consideran que, en numerosas ocasiones, se está magnificando el problema. En este sentido, los varones consideran sumamente exagerado la cobertura que dan los medios a los casos de violencia. Incluso critican la ley contra la violencia, ya que es utilizada en su provecho por mujeres que no sufren ningún tipo de maltrato. Al mismo tiempo, los varones se ven a sí mismos desamparados y en una situación de desigualdad y desventaja, pues, en su opinión, por definición las sentencias siempre son favorables a la mujer, aunque no presente pruebas de maltrato, mientras que el varón nunca es tenido en cuenta.

Chica- Yo creo que hoy en día va mucho más allá el maltrato psicológico, porque un golpe deja marca, un insulto no. Y la, no sé, la mujer o el hombre, el hombre por vergüenza yo creo que no lo reconoce: Yo creo que hay muchísimos más maltratos de hombres de los que se dice realmente.

Chica- Pero yo creo que también le tendría que dar, joé, siempre se habla de las mujeres maltratadas, aunque sea el número mucho mayor, yo creo que también habría que darle importancia a los hombres maltratados, a los niños maltratados, a todo en general. Joé, el número de mujeres maltratadas es muy grande, pero que también igual que lo están pasando ellas mal, también hay otra gente que lo está pasando igual de mal

Chica- Ya, pero si de esos hay uno que lo dice, si de esos hay uno que lo dice, tampoco te lo van a sacar ni en el telediario ni te lo van a poner en ningún lado. Que, aunque sea uno sólo el que lo diga, habría que darle importancia. No sé, yo pienso así. Lo pasan igual de mal, seas hombre, seas mujer o seas niño, seas lo que seas, da igual (G. Mixto. Univ.)

Por tanto, en los grupos de discusión se ha relativizado en ocasiones la gravedad del problema e, incluso, se ha abierto el camino a posibles justificaciones.

En este sentido, algunos jóvenes en los grupos de discusión justifican reacciones agresivas de los hombres. Según ellos, algunos hombres pueden estar abocados a la agresividad y a la violencia, ya que se sienten discriminados y amenazados en una sociedad que sobreprotege a la mujer, mientras que arrebató a los varones una serie de derechos esenciales y legítimos. Así, sus conductas pueden ser entendidas como reacciones de legítima defensa frente a los atropellos cometidos por una sociedad injusta que privilegia a la mujer. Además, es significativo que, al ir trazando los rasgos de las víctimas, una vez más los jóvenes entremezclen posibles justificaciones de la conducta del agresor. Así, en uno de los grupos de chicos vuelve a recalcarse la idea

de que en muchas ocasiones es la propia mujer la culpable de que se genere este tipo de violencia, porque ella ha incitado o provocado anteriormente al agresor. Ahora bien, es significativo que las mujeres hayan justificado en los grupos de discusión en términos similares determinadas situaciones de maltrato. Los modelos de masculinidad y femineidad interiorizados por ambos géneros conllevan coartadas justificadoras de la violencia de género

Desde estas coordenadas es lógico que los chicos y las chicas psicologicen las situaciones de violencia de género y nunca las interpreten y analicen como un problema derivado de las relaciones de desigualdad entre hombres y mujeres. Así son factores explicativos los problemas de personalidad del agresor, su agresividad innata, la educación que ha recibido en la familia (los precedentes de maltrato familiar), los problemas de drogodependencia y, en último lugar, la creencia en la superioridad del varón sobre la mujer se apuntan como factores determinantes de este tipo de violencia en los grupos femeninos y en el mixto. En los grupos masculinos, se señalan la inseguridad del varón y su “desahogo sobre la mujer”, la experiencia familiar de maltrato, la infidelidad (potencial desencadenante de maltrato en chicos agresivos) y el descontrol creado por la ingesta de drogas. En casi todas estas circunstancias se subraya el hecho de que el individuo “no sabe lo que hace”, “no es dueño de sus actos” ni plenamente consciente de las consecuencias de su acción, por lo que ésta quedaría al menos relativamente justificada por la situación excepcional de “enfermedad” o “enajenación” y falta de control en la que se encuentra el agresor cuando comete la agresión. De alguna manera se atenúa la culpabilidad del agresor.

Esta naturalización y normalización de la violencia y la agresividad en las relaciones afectivas de los/las jóvenes y adolescentes de ambos sexos se evidencia cuando en los grupos de discusión el problema a la hora de identificar la violencia de género consiste en medir la intensidad de ese maltrato, es decir, un “tortazo” y no una “paliza”, una agresión esporádica y no cotidiana, con motivos o sin ellos... Indudablemente esta trivialización de la violencia de género significa que los chicos y las chicas justifican formas de maltrato. El uso de la fuerza en determinadas circunstancias no es identificado como violencia por parte de algunos/as. Es más, se justifica como una conducta “normal” y se considera que pueden producirse circunstancias atenuantes que explican su desencadenamiento (F.M.P., 2003).

7. CONCLUSIONES

En los grupos de discusión se dibujan unas relaciones afectivas y sexuales marcadas por la desigualdad y el dominio de los chicos sobre las chicas. Se naturalizan las diferencias de género al mismo tiempo que se desvaloriza todo lo referente al mundo de las mujeres. Y en el horizonte del mundo del amor y de la sexualidad aparece el abuso, la prepotencia, la manipulación, el chantaje del varón sobre la mujer, y, consecuencia de todo lo anterior, la justificación, en ocasiones, de la propia violencia de género.

Chicos y chicas han interiorizado unas relaciones de género en la esfera afectiva que explican no solo la agresividad violenta de muchos varones, sino también el amor de muchas mujeres hacia estos varones terribles.

El sexismo y el androcentrismo que impregnan los estereotipos de género crean chicas y mujeres con baja autoestima y varones con cierta prepotencia. La baja autoestima es fuente de dependencia e inseguridad y de una identidad débil dispuesta a ser arrendada a bajo precio (Ballarín Domingo, 2006). La baja autoestima constituye una gran barrera para la construcción de la subjetividad y para la formación de sujetos autónomos. La baja autoestima es también la causa principal de la supervivencia, arraigo y multiplicación de los casos de tragedias producidas por la violencia de toda índole infligida a mujeres, pues alimenta el llamado complejo de cenicienta (Tomé, 2001; Tomé y Rambla 2001a, 2001b)

La prepotencia masculina es caldo de cultivo para abusos y agresividad y para una identidad “superiorizada” que acarrea invasión y negación de lo ajeno. La construcción masculina se hace a costa de lo que sea o de quien sea, pues se hace por contraposición a lo femenino. Ser hombre es simplemente no ser mujer (VVAA, 2002a). de ahí el rechazo que sufren aquellos varones que no se acoplan al modelo masculino dominante.

En los grupos de discusión se ha detectado que la baja autoestima de las mujeres y la prepotencia de los varones son dos rasgos patriarcales complementarios fuertemente insertos en la mentalidad de nuestras chicas y nuestros chicos que aseguran la reproducción y la continuidad de la sociedad patriarcal, a pesar de los cambios legislativos positivos que se han producido en los últimos años. Esto explica para muchos autores el hecho de que las cosas, es decir la situaciones de desigualdad y de violencia en la que viven las mujeres, no cambien muchas veces cuando ya han cambiado las bases jurídicas (VVAA 2002b).

Estos resultados nos llevan a cuestionar los modelos que se están generando y transmitiendo en esta sociedad a los y las jóvenes y adolescentes de hoy día. Nos tenemos que preguntar qué modelos masculinos y femeninos nuestra sociedad está proponiéndoles como referentes en el cine, las series de televisión, los deportes, la moda, la literatura, los video-juegos, etc.

Por otro lado, tenemos que volver los ojos a las familias. Los papeles y las responsabilidades de hombres y mujeres en el terreno doméstico revelan en gran parte la forma en que la sociedad considera su naturaleza y sus capacidades y, por lo tanto, construye las diferencias y desigualdades de género. En nuestra sociedad, las mujeres tienen todavía a su cargo las funciones de cuidado y mantenimiento, que incluyen desde tener y cuidar a los hijos hasta el amplio rango de actividades necesarias para la supervivencia y bienestar diarios de los miembros de la familia. Los hombres pueden participar en algunas de estas tareas, pero en general están mucho menos involucrados en este trabajo que las mujeres. Y cuando lo están, parafraseando a un educador sexual, están más de “interinos”, que de amos de casa, es decir, haciendo tareas puntuales, pero no gestionando la actividad general y cotidiana del hogar.

Finalmente, llegados a este punto, se hace necesario mirar hacia la escuela. A pesar de que, probablemente es el escenario más igualitario en el que participan los chicos y las chicas, sin embargo hay que poner una gran interrogación a la labor coeducadora que está llevando adelante, sobre todo cuando al analizar los valores que se trabajan en nuestras escuelas, descubrimos que los valores coeducativos

apenas se trabajan y cuando se hace, muchas veces es de forma inconexa y deshilvanada (Usategui y del Valle, 2007, 2009). En numerosas ocasiones el profesorado ha confundido coeducación con escuela mixta y no ha sabido deconstruir y reelaborar el modelo de masculinidad imperante, tampoco favorecer la autoestima y autonomía de las mujeres ni revalorizar sus aportaciones.

Al igual que ocurre con la educación en valores en general, lo que nos descubre el presente estudio es que sin un gran pacto educativo entre todas las instancias socializadoras en las que están insertos nuestros jóvenes poco éxito cabe esperar en la redefinición y reconfiguración de los modelos de masculinidad imperante, ya que “para educar se necesita a toda la tribu” (Marina, 2006, 2005, 2000)

Otro aspecto importante que nos revela el presente estudio es que la reconstrucción de los estereotipos de género dominantes es fundamental en la prevención de la violencia de género, ya que implicaría la elaboración y la difusión de otros modelos amorosos muchos más igualitarios y gratificantes (Blanco, 2001).

Para las mujeres, muchas veces, el amor supone una supeditación del deseo femenino al masculino. Como nos dicen los y las jóvenes en los grupos de discusión, muchas mujeres, por amor, protegen a los maltratadores: hijos, amantes, compañeros, maridos; por vergüenza, por creerse salvadoras (ellas podrán, él cambiará) o por no poner límites al otro, hijo, novio, compañero sentimental o laboral. Es decir, por amor muchas mujeres se colocan como sujeto secundario en función del sujeto primero y casi único: el varón. Por el contrario, el varón tiene otro modelo amoroso, en el que lo primordial es su propio deseo, porque se colocan como sujetos en primera persona y colocan a la mujer después de ellos (Comisión para la investigación de malos tratos a las mujeres, 2005).

Solamente podemos transformar los modelos amorosos si a través de una labor coeducadora profunda las mujeres comienzan a recorrer caminos de autoestima valorándose a sí mismas y a las otras, empezando por saber cuidarse y entenderse, conocerse a sí mismas y poner en cuestión los estereotipos que sobre ellas se han venido construyendo a lo largo de la historia. Han de alcanzar cumbres de autonomía y ser capaces de conocer su deseo y saber defenderlo, y ser consciente de que muchas veces no ha de coincidir con el del varón ni con lo que desde diferentes instancias “se dice” es la mujer (González Méndez y Santana Hernández, 2001). Y sobre todo han de saber distinguir el afecto y el amor de la sumisión y poner los límites necesarios para que jamás el otro avasalle su espacio personal y su dignidad. Ha de huir del peligro que representa la creencia de que “me maltrata, pero en el fondo me quiere y no puede vivir sin mí”. Así pues, como dice una socióloga, la mujer ha de realizar varios trabajos antes de encontrar el amor: trabajos de autonomía corporal, emocional, mental, económica y erótica, es decir, ha de conocer su cuerpo, su deseo, sus intereses, sus capacidades y desarrollarlas.

Los hombres, por el contrario, han de hacer una vuelta al mundo de los sentimientos y de las emociones. En primer lugar, han de reinterpretar el concepto de autonomía e independencia y han de aprender a cuidarse, a ser autónomos en la casa y saber establecer relaciones emocionales de cuidado y autocuidado. Han de dejar de responsabilizar de sus miedos, inseguridades y frustraciones a otras personas y fundamentalmente a las mujeres y empezar a manifestar todas estas debilidades de

forma no agresiva. Han de dejar de lado la prepotencia que la sociedad patriarcal les educa y empezar a valorar y escuchar en su interior sus propias emociones y sentimientos sin miedo a no responder al arquetipo viril tradicional.

Así, otro aspecto importante que se evidencia a través de la presente investigación es la importancia de la coeducación emocional (Altable Vicario, 2006), es decir, una educación sentimental y erótica que permita desbancar los modelos tradicionales de masculinidad y feminidad, que, necesariamente ha de hacer hincapié en aspectos diferentes para mujeres y para hombres, porque, como estamos viendo tienen diferentes aprendizajes culturales.

Así la coeducación emocional ha de proporcionar a las mujeres las habilidades necesarias para defenderse de las agresiones afectivas y sexuales, chantajes, desvalorizaciones y malos tratos, haciendo conscientes modelos amorosos y actitudes que llevan a aceptar tales situaciones. En cambio, a los varones ha de hacerles conscientes de los modelos masculinos que conducen a la práctica de la violencia sobre otros varones, sobre las mujeres y los/as niños/as, y a la ocultación de otros sentimientos como la ternura, el miedo o el amor y educarles en una nueva paternidad responsable y compartida con las mujeres. Y a ambos ha de dotarles de autonomía y poder de decisión económica, emocional y mental.

En una palabra, los varones y las mujeres han de ser educados para compartir en igualdad la vida, sin dominación ni sumisión. En este sentido, la coeducación abarca mucho más que juntarlos en un aula, sino que está dirigida a la eliminación de los estereotipos sexistas, racistas y, en general, discriminatorios de las personas y a la construcción de una sociedad más igualitaria y libre (Fernández Rius, 2005). Para eso, es necesario crear, por un lado, modelos positivos que posibiliten nuevas identidades integradoras y, por otro, facilitar la participación social de todos y todas en el marco de un conjunto de valores sociales que incluyan el respeto, la igualdad, la libertad, la oportunidad de vivir juntos en paz, la igualdad real de oportunidades de acceso al conocimiento y a la toma de decisiones, etc., en una palabra, aprendiendo y ejerciendo en la cotidianidad del día a día los derechos humanos.

8. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUINAGA ROUSTAN, M. J.: "Igualdad y vida cotidiana: Pero, ¿qué quieren las mujeres?", *Cuadernos de las familias democráticas*, nº 27, 1999
- ALTABLE VICARIO, Ch.: "El cuerpo, las emociones, la sexualidad". En Carmen Rodríguez Martínez (comp.): *Género y currículo, Aportaciones del género al estudio y práctica del currículo*. Madrid: Akal, 2006
- AMOROS, C. (ed.): *Diez palabras clave sobre la mujer*. Bilbao: Verbo Divino, 1995
- ARTAZCOZ, L., ESCRIBÁ-AGÜIR, V. y CORTÉS, I.: "Género, trabajo y salud en España", *Gaceta Sanitaria*, vol. 18, supl. 2, 2004; pp. 28-40
- ASKEW, S. Y ROSS, C.: *Los chicos no lloran: el sexismo en la educación*. Barcelona: Paidós, 1991
- BALLARÍN DOMINGO, P.: "La educación "propia del sexo". En Carmen Rodríguez Martínez (comp.) *Género y currículo. Aportaciones del género al estudio y práctica del currículo*. Madrid: Akal, 2006

- BERICAT, E.: *La integración de los métodos cuantitativo y cualitativo en la investigación social: Significado y Medida*. Barcelona: Ariel, 1998
- BLANCO, N. (comp.): *Educación en Femenino y en Masculino*. Madrid: Akal, 2001
- BONDER, G.: *La igualdad de oportunidades para mujeres y varones. Una meta educativa. Programa nacional de promoción de la mujer en el área educativa*. Buenos Aires: UNICEF, 1993
- CALLEJO, J.: *El grupo de discusión: introducción a una práctica de investigación*. Barcelona: Ariel, 2001
- CANALES, M. y PEINADO, A.: "Grupos de discusión". En J. M. Delgado y M., J. Gutiérrez (Coords): *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Barcelona: Síntesis, 1994
- CARABÍ À. y ARMENGOL, J. M.: "Prólogo", en À. Carabí y J. M. Armengol (eds) *La masculinidad a debate*. Barcelona: Icaria, 2008; p.36
- COMISIÓN PARA LA INVESTIGACIÓN DE MALOS TRATOS A LAS MUJERES: *La violencia de Género en las Chicas Jóvenes*. Madrid: Informe Comisión, 2005
- CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL: *Informe sobre la igualdad de hombres y mujeres*. COM, 115, 2004
- DENZIN, N. K. and LINCOLN, Y. S.: "Introduction: entering the field of qualitative research". In N. K. Denkin and Y. S. Linclon (eds): *Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks, California: Sage, 1994
- FERNÁNDEZ RIUS, L.: *Género, valores y sociedad. Una propuesta desde Iberoamérica*. Barcelona: Octaedro, 2005
- F.M.P.: *Adolescencia y violencia de género. Un estudio en institutos madrileños*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 2003
- GERBER, M.: "Gender stereotypes and power: perceptions of the roles in violent marriages", *Sex Roles*, vol. 24, nº 7/8, 1991; pp. 439- 457
- : "Gender stereotypes and power: perceptions of the roles in violent marriages". En L. Adler y F. Denmark (eds.): *Violence and the prevention of violence*. New York: Praeger, 1995
- GONZÁLEZ MÉNDEZ, R. y SANTANA HERNÁNDEZ, J.D.: "La violencia en parejas jóvenes", *Psicothema*, vol 13, 2001; pp. 127-131
- HUICI, C. y MOYA, M.: "Estereotipos". En F. Morales et al. *Psicología social*. Mexico: Mc.Graw Hill, 1997; pp. 285-333
- IBAÑEZ, J.: *Más allá de la Sociología. El grupo de discusión: Técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI, 1986
- : "Cómo se realiza una investigación mediante grupos de discusión". En Manuel García Fernando, Jesús Ibáñez y Francisco Alvira (Compiladores): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid: Alianza Universidad Textos, 1992
- : "Perspectivas de la investigación social" en García Ferrando Manuel, Jesús, Ibáñez y Francisco Alvira (comps.), *El análisis de la realidad social*. Madrid: Alianza, 1992
- LARRAÑAGA, I., ARREGUI, B. y ARPAL, J.: "El trabajo Reproductivo o Doméstico", *Gaceta Sanitaria, Informe SESPAS*, vol. 18, 2004; pp. 35- 41
- LOMAS, C. (comp.): *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona: Paidós, 2004
- MARINA, J.A.: *Ética para naufragos*. Barcelona: Anagrama, 2006
- MARINA, J.A.: *Aprender a vivir*. Barcelona: Ariel, 2005
- MARINA, J.A.: *Crónicas de la ultramodernidad*. Barcelona: Anagrama, 2000

- MARTÍN SERRANO Y MARTÍN SERRANO: *Las violencias cotidianas cuando las víctimas son mujeres*. Madrid: Instituto de la mujer, 1999
- MARTÍNEZ, I.: "Atribuciones de causalidad y responsabilidad en una muestra de casados y divorciados", *Psicothema*, vol 11, 1999; pp. 551- 560
- MERAS LLIEBRE, A.: "Prevención de la violencia de género en adolescentes". Injuve: Estudios de Juventud 62, 2003; pp. 143-150
- RIST, R.C.: "Sobre la comprensión del proceso de escolarización: aportaciones de la teoría del etiquetado", en M. F. Enguita. *Sociología de la educación*. Barcelona: Ariel, 1999; pp. 615- 627
- TOMÉ, A.: "La construcción de las identidades masculinas y femeninas en la escuela", en BLANCO, N. (comp.): *Educación en Femenino y en Masculino*. Madrid: Akal, 2001
- TOMÉ, A. y RAMBLA, X. (eds.): *Contra el sexismo*. Barcelona: Síntesis, 2001
- : *La coeducación de las identidades masculinas en la educación secundaria*. Barcelona: Institut de Ciències de l'Educació, 2001
- USATEGUI, E. y VALLE, A.I. del: *La escuela cuestionada: voces del alumnado y las familias*. Vitoria-Gasteiz: Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa (2009 en prensa)
- : *La escuela sola: voces del profesorado*. Vitoria-Gasteiz: Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa, 2007
- VILLASANTE, T., MONTAÑÉS, M.: *La investigación social participativa*. Madrid: El Viejo Topo, 2000
- VILLASEÑOR FARIÁS, M. y CASTAÑEDA TORRES, J.D.: "Masculinidad, sexualidad, poder y violencia: análisis de significados en adolescentes", *Salud Pública de México*, vol. 45, Suplemento 1, 2003; pp. 44-57.
- VVAA: *Género y educación. La escuela coeducativa*. Barcelona: Grao, 2002a
- VVAA: *Mujer y educación. Educar para la igualdad, educar desde la diferencia*. Barcelona, Grao, 2002